

EN BUSCA DE CAL·LÍPOLIS

José Sánchez Real

Dos son los caminos que el hombre sigue para satisfacer su deseo de conocer y así poder conseguir la verdad, impuestos, en principio y en parte, por la misma naturaleza de aquélla.

Uno es el que domina el pensamiento y la imaginación, interviene la subjetividad y la presunción, existiendo la posibilidad de que entre en juego la fantasía. Otro es el que, en gran parte, se usa la objetividad y la realidad de los hechos y se apoya en la observación y en la experimentación. El primero es en esencia un método que podemos llamar filosófico y el segundo un método científico, sin que estos calificativos supongan que su aplicación esté en que los conocimientos a encontrar correspondan a una materia del campo de lo que hemos convenido en llamar Letras o a una materia de Ciencias y por lo tanto que su utilización se haga exclusivamente uno por científicos y otro por no científicos. Hay investigadores científicos que más parecen filósofos y filósofos que en su proceder se sienten científicos.

Así pues no puede extrañar que el tema de Cal-lópolis se aborde siguiendo estas dos sendas indicadas, y que los datos de que se dispone se utilicen de distinta manera.

Frente al problema de Cal-lópolis se puede suponer su existencia real en tiempo pasado —hipótesis— y para demostrar que el supuesto es correcto, es decir que la verdad se ha poseído «in mente» desde el principio, interpretar los datos que existan de forma que dé la razón al supuesto, prescindiendo o silenciando los datos que no sean favorables, o no dando entrada a otros posibles supuestos, dignos de consideración. De esta forma la hipótesis no contradicha pasa a ser tesis —teoría— a la que se le da la categoría de verdad demostrada. Es decir, no se duda ni un momento en que Cal-lópolis existió; se da por demostrado, aunque no se tenga ninguna prueba.

La otra posición es partir de los datos que se poseen, analizarlos con serenidad, valorar seriamente los trabajos de campo realizados y los hallazgos que se han producido, y sacar las consecuencias correspondientes.

EL TEXTO DE AVIENO

Se conserva de la antigüedad el libro primero de una obra en verso, «Ora marítima», que escribió R. Festo Avieno, a fines del siglo IV d.C. tomando como base un derrotero, en el que se iban describiendo, para orientación de los navegantes, las costas que podían encontrar en sus recorridos. Especial interés tiene para nosotros la detallada descripción de la costa desde Cádiz a Marsella. El mismo Avieno confiesa que ha consultado referencias que en su tiempo tenían casi un milenio de antigüedad, del siglo VI a.C., pero esto no autoriza a considerar todo su contenido con esa antigüedad. Pero es más, si resulta que estudios recientes parece que muestran que existen en el texto de Avieno adiciones posteriores, posiblemente del siglo X d.C., el lector puede tener una idea de lo que ha podido sufrir el texto copiado y recopiado en toda la Edad Media hasta que se imprimió, y comprenderá con cuánta prudencia hay que manejar su contenido*. No sabemos pues a ciencia cierta desde qué momento el nombre de Calípolis forma parte del escrito llegado a nosotros, y aunque el nombre es griego, la verdad es que pudo añadirlo el último poeta que manejó el texto para dar testimonio cultural de su formación clásica.

El texto de Avieno que nos ha llegado y que intenta describir al navegante la costa que desde Salou se dirige a Barcelona, dice:

(verso 512) «Después yacen arenas en grande extensión, (v. 513) entre las que estuvo en otro tiempo la ciudad de Salauris y en donde primitivamente estuvo también la antigua Calípolis, (v. 515) *aquella Calípolis que por la alta elevación de sus murallas y por sus excelsas techumbres se levantó por los aires, que con el ámbito de su vasto solar tocaba por ambos lados una marisma feraz siempre en peces.* (v. 519) Después la ciudad de Tarraco y la sede amena de las ricas Barcelonas...»

según la traducción de J. Rius Serra utilizada por A. Schulten**.

*A. UBIETO ARTETA: *Anotaciones a Avieno y su «Ora marítima»*. «Papeles del Laboratorio de Arqueología», Valencia, 6(1969), 197-191.

**AVIENO: *Ora Marítima*. *Fontes Hispaniae Antiquae*, I, Barcelona, 1955. El significado de los distintos tipos de letra usados lo daré más adelante.

Este texto ya lo utilizó nuestro primer historiador L. Pons d'Icart aprovechando la cita que había recogido el canónigo Juan Cesse (1513-1546)⁽¹⁾, en unas memorias que había escrito sobre el origen de los nombres de las poblaciones tarraconenses. Atribuía Cesse a Salou el arenal y por la otra parte, situaba hacia Tarragona, el «stagnum» rico en peces, y apostilla Pons d'Icart que el estanque que cita Avieno no es «tan grande como se habla que ha sido en tiempos pasados, ni con tanto pescado»⁽²⁾.

EL DERROTERO

En un derrotero lo importante son los accidentes naturales o geográficos, ya que son, por su permanencia, puntos fijos en la orientación. En el texto de Avieno llegado a nuestras manos, como ya señalé hace tiempo⁽³⁾, se distinguen perfectamente la parte geográfica, la parte histórica y la parte literaria, que he señalado con dos tipos de letra diferentes: en tipo corriente la parte histórica retrospectiva y en *cursiva* el suplemento *literario* de la descripción.

En estos últimos tiempos han tratado con detalle el tema de Cal·lipolis: J. Serra Vilaró, E. Serres Sena y yo, y de ellos me ocuparé, pero no tendré en cuenta las observaciones de A. Schulten sobre el pasaje en donde se cita a Cal·lipolis dada su inconsistencia y por ser debidamente comentado en los citados artículos, observaciones que van desde considerar una parte del texto unas veces original y otras como interpolación, según convenga, suponer que Tarraco ya existió en el siglo VI a. C. como ciudad amurallada, y otras del mismo estilo.

SERRA VILARÓ

Serra Vilaró publicó en 1950 un artículo sobre Cal·lipolis⁽⁴⁾ tomando como base de sus razonamientos los versos 518 y 519 del texto de Avieno en los que se habla del «stagnum» que tenía Cal·lipolis a un lado y a otro, rico en peces, y utiliza las referencias del siglo XII que hablan de la existencia de unos estanques en la zona situada alrededor

(1) CAPDEVILA i FELIP, S.: *La Seu de Tarragona*, Barcelona 1935, p. 135.

(2) PONS DE ICART, L.: *Libro de las grandezas*, Tarragona 1980, cap. XLVII, p. 299. Versión de J. SÁNCHEZ REAL.

(3) SÁNCHEZ REAL, J.: *Callipolis*, «Boletín Arqueológico», Tarragona, LV, IV, 51-52 (1955), 97-106.

(4) SERRA VILARÓ: *Callipolis*, «Boletín Arqueológico», L, IV, 31-32 (1950), pp. 123-136.

de la ermita actual de la Pineda; alguna de las citas ya las dio a conocer Capdevila i Miquel⁽⁵⁾. En una de ellas se nombra un «stagnum... de Pineda, quod est iuxta Salo», y en otra se habla de un lugar «ultra Franculium veterum, versus stagnum de Vite», estanques que en el siglo XVI se conocen: el primero como «estagni de Salodio», «stany larch», «estagnum majorum» y «estany del Paborde» y el segundo, menor, como «estany d'en Guimonet». Es decir que Serra Vilaró demostraba documentalmente la existencia de unos estanques, y uno de ellos, el grande, lo supone originado por la acumulación de las aguas subalveas de aquella parte en una depresión del terreno situada desde la ermita de la Pineda hasta el cabo de Salou.

Como por otra parte en aquel entorno se han hallado restos de construcciones antiguas (de las que más adelante me ocuparé) da por comprobado que allí existió una población y unos estanques con peces por lo que terminaba su escrito diciendo que nadie podrá dudar de que el texto de Avieno responde perfectamente a aquel lugar, aunque se guarda muy mucho de identificar la población antigua como Cal-lipolis, si bien afirma que Cal-lipolis y Tárraco son distintas y que lo que hizo Avieno fue acomodar el texto antiguo del derrotero a la ciudad de Tárraco.

SERRES SENA

En 1952 E. Serres Sena publicó un artículo⁽⁶⁾ en el que en esencia, según propia confesión, pretendía comparar la descripción de la costa que se hace en la obra de Avieno en los versos 515-517, con la descripción del tramo de la costa tarraconense que presenta el derrotero 3, publicado por el Instituto Hidrográfico de la Marina (Cádiz, 1950), en el que se dice que a la altura de la Pineda hacia el interior

«...se ven en medio de sembrados, al N. la masía de la Canonja y el W. la casa de Montoliu edificios altos y muy notables...»

que según Serres, desde el mar se ven como si estuvieran sobre una loma y que por lo tanto los «edificios altos y muy notables» del derrotero actual son la versión moderna de los «altos muros y excelsas techumbres» de Avieno.

Y sin más, termina sosteniendo la opinión de la existencia de la ciudad de Cal-lipolis, distinta de la de Tárraco, situándola en aquella

(5) CAPDEVILA I MIQUEL, T.: *La Mare de Déu de la Pineda*, «La Cruz», del 27 de noviembre de 1932.

(6) SERRES SENA, E.: *Callipolis*, «Boletín Arqueológico», LII, IV, 37-40 (1952), pp. 13-19.

parte, aunque afirma que no obstante hará falta conocer lo que deparen las excavaciones que puedan hacerse cuando por aquella zona se construya la Universidad Laboral.

SÁNCHEZ REAL

En vista de que tanto en el trabajo de Serra Vilaró como en el de Serres Sena se tomaban como soporte los versos que por todos los especialistas se han considerado adiciones al texto náutico (vs. 515-519), en 1955 publiqué un artículo en el «Boletín Arqueológico», y que ya he citado, en el que analizaba el texto de Avieno y separaba y distinguía lo que podía corresponder al derrotero primitivo, de lo que podía ser interpolación histórica y adorno literario, y planteaba todas las posibles soluciones: 1. Cal-lípolis junto a Salauris, antes del cabo, entre el barranco del Rifá y el actual Salou, 2. Cal-lípolis después del cabo, en el golfo de Salou, porque es lógico que geográficamente en el fondo de todo golfo suele encontrarse una población, supuesto que el redactor del derrotero podía ver confirmado con las villas romanas que había en aquella zona, 3. Cal-lípolis en la elevación de la colina de Tarragona, porque tampoco es desacertado suponer que al lado de una localidad importante pudo haber otra anterior, más antigua, y 4. Cal-lípolis, sobre nombre de Tárraco.

De las tres primeras, como la de suponer que Cal-lípolis estuviera en la parte comprendida entre Tarragona y el cabo de Salou parece la más aceptable, no es extraño que las últimas opiniones —Serra Vilaró y Serres Sena— se muevan en esa zona.

ESTADO ACTUAL DE LA CUESTIÓN

Este era el estado actual de la cuestión hasta que recientemente Serres Sena insistió en su punto de vista, y en un artículo titulado: *La Pineda-Cal-lípolis*⁽⁷⁾, de manera inexplicable se afirma rotundamente que la igualdad Pineda-Cal-lípolis es una realidad ya que su localización está fuera de duda y que la objeción de que no se encuentran rastros materiales de la existencia de la ciudad no es prueba suficiente ni tiene valor histórico. No deja de llamar la atención el hecho de que junto a la aparatosa bibliografía con la que Serres Sena distrae al lector haciéndolo viajar por Grecia, Mesopotamia y el norte de África y la cui-

(7) SERRES SENA, E.: *La Pineda-Cal-lípolis*, in AAVV. *La Canonja: llocs, termes i un capbreu*, Centre d'Estudis Canongins «Ponç de Castellví», La Canonja, 1987, pp. 9-28.

dadosa referencia a notas aparecidas en la prensa, se silencie mi trabajo de 1955 publicado en el «Boletín Arqueológico», más centrado, concreto y al alcance del lector, quizás porque no le daba la razón.

Serres Sena infravalora las referencias a hallazgos hechos en aquella zona y termina, después de un munucioso trabajo cartográfico, por fijar el emplazamiento de Cal-lípolis en las ligeras elevaciones que presenta el terreno y aunque la curva de nivel de los 20 metros le parece demasiado alejada de la costa, no deja de insistir en su primer supuesto.

Se impone pues, ante esta Cal-lípolis intangible e imprecisa, pero rigurosamente situada que nos proporciona el método que he llamado al principio filosófico, ver si aplicando el método científico se consigue algo más; aclarar la cuestión, para lo que no hay más remedio que trabajar sobre el terreno.

LOS RESTOS ARQUEOLÓGICOS

Serra Vilaró, en su artículo de 1950, reunió una serie de noticias sueltas proporcionadas por A. M. Gibert⁽⁸⁾ en las que se habla de hallazgos de monedas —ampuritanas (?), ibéricas y romanas—, enterramiento rodeado de mosaico en la partida de Vilaró, mas de Pons, muros macizos y fragmentos de cerámica negra con figuras rojas. Precisamente Gibert supuso que Cal-lípolis pudo extenderse hasta la ligera elevación en que hoy se asienta Vilaseca.

Serra Vilaró también habla de lo visto por él en una visita hecha hacia 1935 al santuario de la Pineda, en cuyas cercanías localizó cimientos de unos recintos cuadrangulares que limitaban pavimentos con mosaico y «una cisterna romana, convertida en noria conocida por la Sinia d'Albinyana, cerca de la torre de Virgili», y de cómo supo que en el tiempo de la Guerra Civil se habilitó aquel lugar como campo de aviación y en las obras realizadas se descubrieron muros y enterramientos. Debo decir que cuando Serra Vilaró preparaba su artículo y quiso situar exactamente aquellos restos, y con él recorrimos toda la zona de los alrededores de la ermita, no pudimos encontrarlos.

Mientras Serra Vilaró redactaba su artículo para el «Boletín Arqueológico», y con el fin de proporcionarle algún dato positivo inicié en compañía de Isidro Valentines la cuidadosa exploración de los terrenos alejados de la ermita de la Pineda que no habíamos recorrido con él en los anteriores paseos. Cerca del «Prat de Albinyana», a más

(8) GIBERT, A.M.: *Ciutats focenses del litoral cosetà*, Barcelona, 1900, p. 48.

de un kilómetro de la ermita, encontramos una extensa zona en la que abundaban los restos de cerámica romana en la superficie de la tierra de labor: fragmentos de ánforas, tégulas, cerámica ordinaria romana de fondo estriado, «terra sigillata», un fragmento con marca F. SEMPR., trozos de estuco de color rojo, etc. Allí pues había habido en época romana un núcleo habitado; en donde parecían ser más abundantes era en una partida propiedad de Pedro Vallvé, en aquel momento de Ana Vallvé y Adell. Cerca había unas viñas de Esteban Ferrando de Vilaseca y de Rosa Morell de Vilaseca, en donde estaba una especie de abrevadero monolítico que pudo haber sido un rústico sarcófago. Ofrecimos a Serra Vilaró los datos recogidos para que los utilizara en su artículo, pero no quiso hacerlo: no quería aprovecharse de un trabajo que él no había realizado.

EXPLORACIONES AÉREAS

El artículo de Serra Vilaró despertó el interés de W. L. Bryant quien ofreció inmediatamente sufragar los gastos que se originaran en la exploración de la zona y como por entonces también estaba interesado en los restos de «Els Munts» de Altafulla, creyó que sería útil, dada la extensión de terreno que había que observar, aplicar los modernos métodos de prospección y hacer primero una exploración aérea de todo el litoral, desde Altafulla hasta Salou, exploración que por otra parte podía mostrar aspectos difíciles de descubrir desde el suelo. La aviación ha ayudado en muchas ocasiones a la Arqueología.

Así pues dio las órdenes oportunas a José González Guijarro apoderado de «The William L. Bryant Foundation» con el fin de que hiciera las gestiones oportunas cerca de la base aérea de Reus y de esta forma el día 11 de junio de 1953, a las siete de la mañana, se realizó un vuelo y se tomaron fotografías a una altura de 1.300 metros. Como las fotografías no fueron satisfactorias, a mediados del mes de agosto se repitió el vuelo y se hicieron más fotografías, esta vez a 400 metros de altura. Debo decir que no estaba en mi mano fijar las condiciones para que pudiera conseguirse de ellas el máximo provecho desde el punto de vista arqueológico, por lo que al final tuvimos que conformarnos con lo que nos dieron.

Todo el material gráfico recogido se estudió con detención, y su estudio no permitió descubrir en las fotografías señales de que en la zona comprendida entre el cabo de Salou y Tarragona hubiera habido un núcleo importante de población. Sin embargo los lugares en que las fotografías mostraban alguna mancha o señal sospechosa fueron después reconocidos sobre el terreno. Esto nos llevó a recorrer repetida-

mente aquellos campos y a hacer amistad con los hombres que encontrábamos trabajando la tierra, a los que asombrábamos preguntando por paredes antiguas, tiestos enterrados, piedras con letras, y que veían un poco extrañados que nos agacháramos a recoger algún fragmento de cerámica, sin valor aparente. En las charlas improvisadas hablábamos de Calípolis y procurábamos interesarlos en nuestra tarea y hacerlos colaboradores.

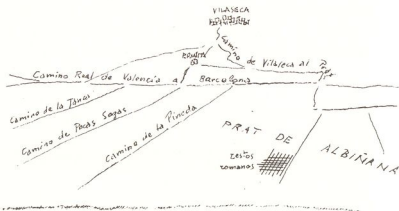
Consecuencia de estas charlas campestres fue que un buen día nuestro amigo J. Salvadó Voltas de Vilaseca trajo la noticia de que hablando con un labrador, éste le había dicho que cerca del «Prat de Albi nyana», hacía años que trabajando la tierra se había encontrado una columna romana «in situ»; la finca era de Esteban Ferrando y parecía que era la misma en que unos años antes habíamos encontrado los restos cerámicos en superficie. Esteban Ferrando hijo había dicho que el trozo de columna que sacaron de la tierra les había servido de rulo para aplanar el terreno y que no podía fijar el tiempo en que había tenido lugar el hallazgo. Salvadó Voltas se encargó de hacer todas las gestiones para ver si era posible conseguir localizar con exactitud los restos, se buscó al obrero que decían la había encontrado y se le ofreció pagarle los jornales que hicieran falta y al dueño del terreno indemnizarle por los desperfectos que pudieran ocasionarse. Se trabajó, con intermitencia, desde el 28 de noviembre hasta el 6 de febrero de 1955. El jornal se pagó a 60 pesetas. De la columna no se encontró ni rastro, pero el trabajo no fue perdido; en lugar de la columna se encontraron los muros correspondientes a una villa romana.

De lo que fueron habitaciones quedaban aún señales del pavimento: uno de ellos, al menos, con mosaico. Estaba a 40 cm de la superficie y se descubrió de él una pequeña porción para conocer su estado de conservación, dibujar los motivos decorativos y fotografiarlos. Inmediatamente fueron cubiertos y protegidos. Uno de aquellos días llevé a Serra Vilaró a aquel lugar para que pudiera disfrutar de los hallazgos, él que tanta ilusión tenía en explorar todos aquellos contornos y encontrar Calípolis. En honor a la verdad hay que decir que las zanzas que se hicieron en busca de unos restos anteriores a los romanos, y que debían estar a más profundidad, no dieron resultado. El fondo es de grava y a un metro de profundidad aflora el agua.

Situados los hallazgos, levantados los planos de los restos y cubiertos los mosaicos se dió por terminada la exploración arqueológica esperando mejor ocasión, y ésta se presentó cuando se hizo la instalación del Museo Arqueológico, en la que gracias a las facilidades dadas por M. Jorge Aragoneses se pudo arrancar uno de los mosaicos, el de los peces, que está decorando una de sus paredes. (Algún detalle más sobre esta parte puede hallarse en: J. Sánchez Real: *El mosaico de*



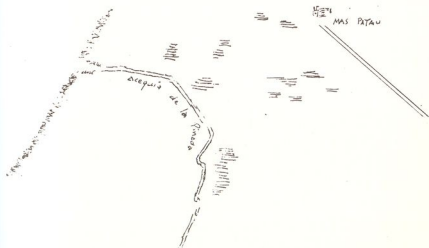
Alrededores de la ermita de La Pineda.
Fotografía aérea: 11 junio 1953. Altura 1.300 metros. 7 horas 20 minutos.



Situación del lugar en que se encontraron los restos de la villa romana, por recorridos sobre el terreno y no por la fotografía aérea.



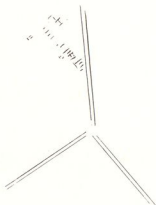
Fotografía aérea de la zona comprendida entre el mas Potau y la Universidad Laboral.
Agosto 1953. Altura 400 metros.



Lugar recorrido detenidamente para comprobar las irregularidades que se observaban
en la fotografía aérea y que no proporcionaron dato alguno.



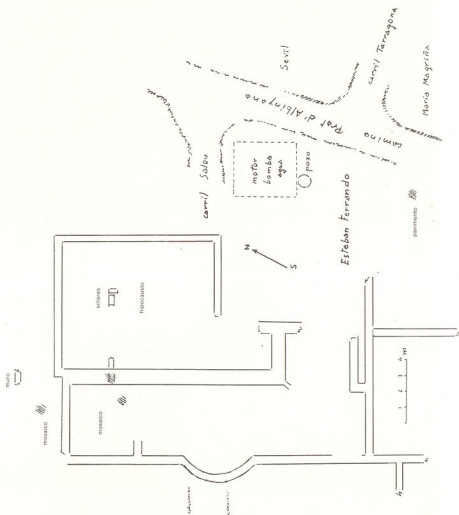
Fotografía aérea de los alrededores del lugar en donde estuvo un campo de aviación durante la guerra civil. Se ven las construcciones de la granja que se habilitaron para talleres y hangar, y en el cruce del camino una torre antigua de defensa, cuya sombra se proyecta sobre el terreno.



Irregularidades que se aprecian en la fotografía y que reconocidas sobre el terreno no mostraron ser debidas a construcciones que pudieran estar enterradas.



El mosaico de los peces antes de ser arrancado. (Foto Raymond)





Serra Vilaró explicando a algunos de los dueños de los terrenos, en donde se acababa de descubrir el mosaico de los peces, la razón de la búsqueda de Calípolis. (Fot. Isidro Valentines).



No faltó la nota de humor en el trabajo serio de la exploración arqueológica: A continuación Sánchez Real, en presencia de la representación popular y presidiendo Serra Vilaró como máxima autoridad arqueológica, nombra a Salvador Voltas alcalde honorario de Calípolis. (Fot. Isidro Valentines).



Los muros romanos que llevaron a descubrir el mosaico. (Fot. Isidro Valentines).



El autor tomando notas de los restos aparecidos. (Fot. Isidro Valentines).

los peces encontrado en la Pineda, «Diario Español» de Tarragona del 5 de julio de 1960) y que ha sido estudiado por Balil⁽⁹⁾, que lo considera del primer cuarto del siglo III, y posteriormente por Bobadilla⁽¹⁰⁾, identificando las especies marinas que figuran en él y que, como suele ocurrir en muchas ocasiones, cita mi artículo publicado en «Diario Español» sin haberlo leído, con lo que afirma, equivocadamente, que el mosaico lo descubrió Serra Vilaró en 1930. Recientemente el mosaico ha vuelto a ser estudiado y se concreta más su fecha, suponiéndolo de fines del segundo cuarto del siglo III⁽¹¹⁾.

En resumen, la zona comprendida entre el promontorio de Tarragona y el cabo de Salou no parece que pudo ser el emplazamiento de una ciudad, Calípolis, y si bien es cierto que el laboreo sólo mueve la tierra de la superficie y se puede alegar: que los restos pueden estar más profundos (algo difícil dado el nivel freático de las aguas), o que si hay zonas en cultivo también hay otras que no se trabajan y por allí puede estar la ciudad oculta, también es cierto que cuando se excavó en profundidad y extensamente para construir la Universidad Labòral no aparecieron restos importantes; repetidas veces recorrí las largas y profundas zanjas que se abrieron para los cimientos y pasos subterráneos, que comunicaban los pabellones y en los cortes del terreno no observé señal alguna digna de mención.

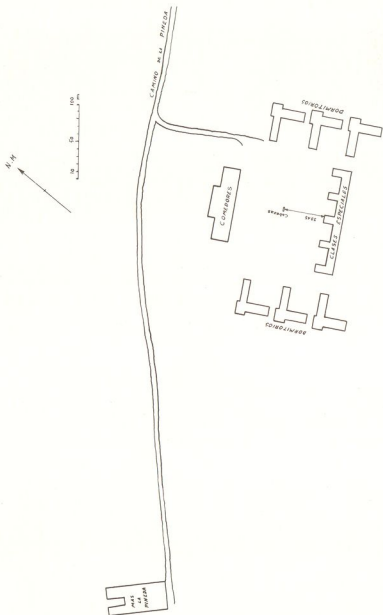
LOS ENTERRAMIENTOS DE LA UNIVERSIDAD LABORAL

De aquella extensa zona sólo tengo datos de unos enterramientos que la casualidad puso al descubierto. El día 7 de diciembre de 1954, cuando estábamos buscando la columna romana, de la que he hablado antes, por La Pineda, me llegó el rumor de que en las obras que se estaban realizando para la construcción de la Universidad Laboral «Francisco Franco» habían aparecido dos sarcófagos, que estaban siendo destruidos. El lugar en donde se había producido el descubrimiento estaba en un punto en que el terreno hacía una pequeña elevación y a poca distancia del edificio provisional que se utilizaba para las

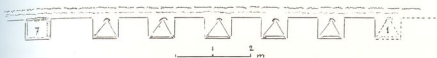
(9) BALIL, A.: *Las escuelas musivarias del Conventus Tarraconensis*, Recherche Scientifique, Le mosaïque greco-romaine, Paris 1963, pp. 29-39.

(10) BOBADILLA, M.: *El mosaico de peces de La Pineda (Tarragona)*, «Pyrenae», 5 (1969), pp. 141-154.

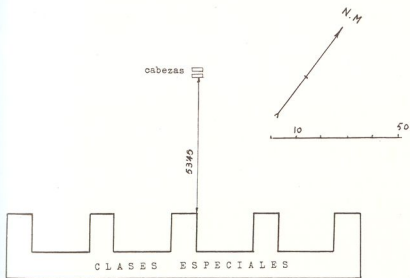
(11) BALIL, A. y MONDELO, R.: *Mosaico con representación de peces hallado en las proximidades de Tarragona*, «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», Valladolid, LI (1985), pp. 251-256.



Plano general de la situación de los enterramientos



Corte del terreno mostrando la situación de los enterramientos



Situación de los enterramientos con relación al edificio de las clases especiales de la Universidad Laboral.

oficinas de la empresa constructora «Fomento de Obras y Construcciones, S. A.».

Con el fin de conocer lo que había de verdad en el rumor me trasladé el mismo día al citado lugar comprobando que no existían tales sarcófagos, sino que se trataba de unas sencillas sepulturas.

Parece ser que para suministrar material para la obra se tenía que instalar la maquinaria apropiada en aquel sitio y cuando ésta se puso en marcha la vibración del conjunto movió el firme en que se apoyaba y el suelo cedió. La trepidación había aplastado algunos de los enterramientos. Al desmontar el terreno para asegurar la máquina, aparecieron unos huesos y fragmentos de tegula a los que no se dió importancia y sólo cuando se dieron cuenta de que continuaban saliendo más restos humanos paralizaron la tarea con el fin de decidir lo que debía hacerse. Como era necesario tomar una determinación inmediata, dado que no podía perturbarse la marcha de la obra, convine con la empresa en que se detuviera el trabajo proyectado en aquel lugar un par de días para que me diera tiempo a hacer un estudio algo detenido y por otra parte hacer las gestiones oficiales oportunas. Serra Vilaró estaba autorizado por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (11 septiembre 1953) para intervenir en casos semejantes y él delegó en mí para que realizara el estudio.

Además del destrozo ocasionado por la máquina en su corto funcionamiento, las raíces de los algarrobos plantados en aquel lugar habían penetrado en el interior de los enterramientos, llegando algunas, en su desarrollo, a tener un diámetro de diez centímetros. Contribuyó también al deterioro de los restos el que el hueco abierto en la tierra virgen al cavar las fosas era, en cierto modo, impermeable, con lo que el agua de lluvia que se filtraba de las capas superficiales se quedaba retenida en su interior.

El lugar de los enterramientos está señalado en los planos que se acompañan.

El corte del terreno que se estaba realizando por los obreros para igualar el suelo mostraba las siguientes capas:

a. Capa superficial, de color claro, de unos doce centímetros de espesor.

b. Capa más oscura, a continuación, de unos diez centímetros de grosor.

c. Masa compacta de cuaternario marino cuyo material está ligeramente cementado con arena, y que constituye la tierra virgen.

En esta capa —c— aparecieron abiertas siete zanjas paralelas alineadas, de unos 1,50 m de largo, 80 cm de alto y 70 cm de ancho distantes unas de otras 80 cm, a excepción de la última que estaba a 1,10 m de la más cercana, y tenía 2,00 m de larga.



Enterramientos 7, 6, 5, 4, 3 y 2



Enterramientos 3 y 2

Descripción de los enterramientos

El enterramiento más completo estaba formado de la siguiente manera:

En el hueco abierto en la tierra se había colocado un piso formado por cuatro tégulas. Apoyadas sobre ellas, y formando doble vertiente, ocho tégulas, cuatro por lado. Cerrando el hueco, dos tégulas, una en cada extremo. Todas las tégulas se habían colocado de forma que la parte plana quedaba hacia el interior del enterramiento. La arista superior y las líneas de contacto de las tégulas laterales estaban cubiertas por ímbrices y ajustadas con mortero. De este tipo eran cinco de los enterramientos, (números del 2 al 6). El sexto (enterramiento número 7) era de forma paralelepédica. El fondo estaba formado por tégulas, las paredes laterales también por tégulas y losas de piedra, y la cubierta por losas de piedra.

Todos los enterramientos tenían la cabeza dirigida hacia el Oeste, en posición decúbito supino, y los brazos colocados de forma que las manos descansaran sobre la pelvis.

A excepción de uno de los enterramientos, todos se encontraron con las tibias y peronés quebrados a una distancia de 25 centímetros de la parte superior, sin que se hallaran los huesos correspondientes a las partes inferiores (resto de la pierna y pie).

Enterramiento 1. Destruído inadvertidamente. Según las noticias dadas por los obreros que realizaban el desmonte era como los demás y estaba cerca, tocando a los otros.

Enterramiento 2. Violado por los obreros que lo hallaron. El cráneo fue destruido para ver si tenía la dentadura de oro. Se había destruido casi la cuarta parte de la sepultura y como en el trabajo se había descarnado la parte inferior del terreno, la empresa constructora, para evitar su total destrucción, había apuntalado el resto. De esta forma lo encontramos a nuestra llegada.

El enterramiento se encontraba relleno de tierra arrastrada al interior por el agua de lluvia. Cerca de cráneo se encontró un apelonamiento de caracoles —*Helix hortensis*. Müller—. La forma en que estaban indicaba una penetración en el hueco del enterramiento desde el exterior y no una colocación intencionada.

Como muestra la fotografía, el esqueleto, bastante bien conservado, tenía las tibias cortadas; faltaban las epifisis distales. La tégula que formaba el lecho de los pies mostraba un orificio abierto ex profeso en aquel lugar, después de cocida la pieza. Corresponde a un hombre de una altura aproximada de 1,70 metros.

Enterramiento 3. A nuestra llegada aparecía descubierto uno de sus extremos por el que se veía parte del cráneo. Como se puede ob-



Enterramiento 2



Enterramiento 2, mostrando las tibias fracturadas y la tégula con el crificio



Enterramiento 3



Enterramiento 3



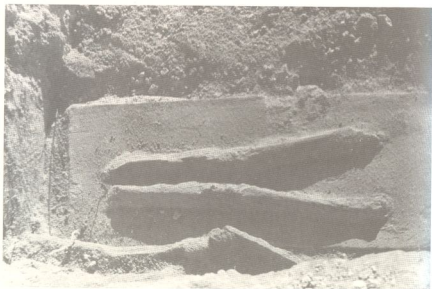
Enterramiento 4



Enterramiento 4



Enterramiento 5



Enterramiento 6

servar en la fotografía había sufrido mucho el efecto de la trepidación de la máquina que estuvo sobre él funcionando. Las tégulas habían cedido por la parte media y penetrado en el hueco, levantando el interior y dando lugar a que aparecieran parte de los huesos en un plano superior, lo que en principio hizo pensar en la existencia de dos enterramientos superpuestos. Pudo corresponder a una persona de 1,60 metros de altura.

Este esqueleto es el único que se halló con los huesos de las piernas enteros. En el hueco de la pelvis apareció una hebilla de bronce lo que indica que se trataba de la hebilla de un cinturón.

Enterramiento 4. La vibración de la máquina machacadora destrozó este enterramiento, rompiendo las tégulas y sacudiendo el conjunto de tal forma que sólo se conservó en su sitio original la tégula que sostenía las tibias cortadas.

El cráneo era mesatiplicéfalo de índice 75 que pudo corresponder a una persona de caracteres feminoideos, de edad comprendida entre los 20 y 30 años.

Enterramiento 5. Mejor conservado que el anterior aunque también sufrió los efectos de las violentas vibraciones. Los huesos del esqueleto estaban todos mezclados y rotos; sólo quedaban en su sitio original los fémures y las tibias, quebradas como en el anterior. El cribado de la tierra proporcionó un fragmento de un borde de vasija ordinaria, atípica.

Enterramiento 6. Igual que el anterior en todo. No se ha encontrado nada en el cribado de la tierra del interior. Las tégulas del fondo estaban puestas a lo largo. Las tibias estaban también cortadas.

Enterramiento 7. La diferencia de éste con los demás estaba en su forma paralelepípedica, en que la distancia al más próximo era mayor y en que la cubierta estaba formada por losas de piedra.

En el antebrazo izquierdo tenía un brazaletes. Las tibias aparecían cortadas.

Estudio del material

Tégulas. Del conjunto de los enterramientos se pudo tomar las medidas de veintidós tégulas, de acuerdo con el esquema que muestra el dibujo que se acompaña: a = longitud, b = anchura, c = recorte del borde o mella, d = altura del reborde, e = grueso del reborde y f = grueso de la tégula.

Los valores máximos y mínimos anotados y valores medios calculados fueron los siguientes, expresados en centímetros:

	a	b	c	d	e	f
Máximo	51,5	37,5	8,5	5,3	4,0	2,9
Mínimo	49,0	35,5	6,5	4,1	3,0	1,9
Valor medio ⁽²²⁾ .	50,1	36,5	7,7	4,7	3,5	2,3

Desconozco, en este momento, si en el estudio de las téglas se ha avanzado mucho desde que redacté mi trabajo sobre enterramientos romanos⁽¹²⁾, pero debo decir que las dimensiones de este conjunto de téglas, que son de un mismo momento y posiblemente proceden de un mismo taller, son, en general, más pequeñas que las téglas anotadas en mi trabajo.

Pero así como de la cronología de los enterramientos las dimensiones de las téglas no nos pueden decir nada, la observación de este grupo homogéneo me ha permitido rehacer las diferentes fases por las que pasaba su fabricación. No se si existe algún trabajo en el que se traten con detalle estas operaciones y de ser así servirán las deducciones mías para hacer comparaciones y establecer lo cierto.

La poca nobleza del material y el relativo bajo precio que debe tener todo objeto de uso corriente, en este caso material ordinario de construcción, impone, lo mismo hoy que ayer, que los procedimientos usados en la fabricación sean sencillos. Las téglas debieron hacerse, como hasta época moderna los ladrillos, con un número limitado de moldes, simples, y de material barato.

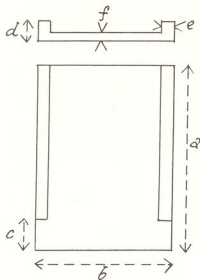
El molde para las téglas debió ser de forma rectangular, en cuyo fondo se abrían, a todo lo largo de los lados mayores, unos canales que constituirían más tarde los rebordes de la téglá. Que el reborde en el primer momento no tenía la forma que se observa en la téglá cocida se deduce del aspecto del corte, mella, irregular, que presenta en su extremo interior, y de su falta de uniformidad en cuanto a dimensiones.

La fabricación pudo pasar por las siguientes fases:

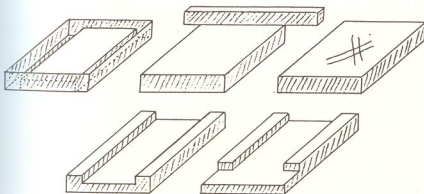
1. El barro o arcilla se colocaba en un molde de la forma indicada (véase el dibujo que se acompaña).

2. Se comprimía la masa y se eliminaba el exceso pasando por la parte superior del molde una pieza, que pudo haber sido un listón o trozo de madera, que se apoyaba en los bordes del molde. Quedaba así una superficie alisada que constituía la cara inferior de la téglá. Esta cara es la de superficie más regular de la téglá y sólo puede obte-

(12) SÁNCHEZ REAL, J.: *Los enterramientos romanos de la Vía Augusta*. Instituto de Estudios Tarraconenses «Ramón Berenguer IV», Tarragona 1973, 60 páginas.



Medidas en la tégula



Fases en la fabricación de una tégula

nerse por el procedimiento indicado. En esta superficie es frecuente ver el pequeño rastro dejado por algún grano de arena u obstáculo duro que no penetró en la masa y al ser arrastrado por la rasera dejó marcado un pequeño surco. Este rastro casi siempre es paralelo a los lados mayores del rectángulo.

3. A continuación, sobre aquella superficie lisa y blanda, se aplicaba la estampa, marca de fábrica, o se hacía con los dedos una señal determinada.

4. Moldeada la tégula se le daba la vuelta al molde y se sacaba de él sobre el lugar en que se iba a secar y si algunas veces quedaba adherida se iniciaba la extracción ayudando el despegue con los dedos por uno de los bordes. (En algunas de las tégulas han quedado las huellas de los dedos en la cara superior).

5. Puesta la tégula fuera del molde se cortaban los mismos extremos de los dos rebordes. Esta operación se hacía con los dedos. En las tégulas se nota el pellizco dado en el reborde y el alisamiento y redondeamiento final, para el buen acabado.

6. Las tégulas se dejaban secar al aire libre. Muchas tégulas presentan las huellas de algunos animales que pasaron sobre ellas cuando estaban puestas a secar (perros, ovejas, terneros, etc). Estas huellas siempre están en la cara superior de la tégula lo que indica la posición que tenían mientras se secaban. El suelo sobre el que se ponían era liso, pero irregular y poco limpio. En la cara inferior de las tégulas se suelen ver las improntas de hierbas, rastros de lombrices, o pequeños granos de arena incrustados.

7. Una vez secas se cocían en el horno del alfarero.

Ímbrices. El que el número de ímbrices utilizadas al hacer las sepulturas fuera inferior que el de tégulas, y el que se rompieran más, fueron las causas que impidieron un estudio detallado de ellas. En el dibujo que acompaño indico las medias de las medidas que tomé.

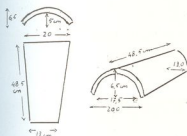
Tampoco ellas pueden orientar sobre la fecha de los enterramientos.

Brazalete. De bronce. Abierto, de forma elipsoidal: eje mayor 6,8 cm, eje menor 6,3 cm. Grueso irregular, de sección no rigurosamente circular, con un máximo en los extremos o bordes de 7 mm y un mínimo en la parte más delgada de 4 mm.

Trabajo sencillo, poco cuidado. Superficie irregular y sin decoración.

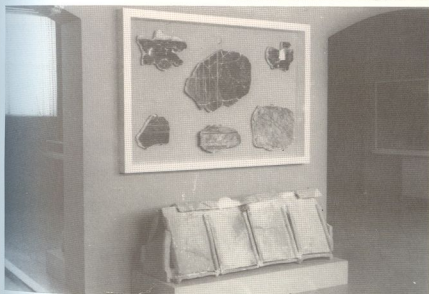
Según mis conocimientos no es característico de una época determinada.

Hebilla. De bronce. El aro tiene forma arriñonada; dimensiones:



Imbrices. Dimensiones medias

Una de las imbrices



Modelo de enterramiento con téglas montado en el Museo Arqueológico con las téglas que formaban los enterramientos aparecidos durante la construcción de la Universidad Laboral



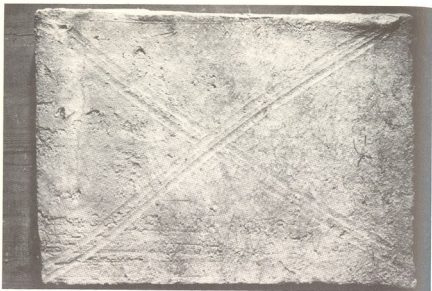
Tégula del enterramiento n.º 2 con el orificio abierto en ella después de cocida.



Cara superior de una tégula con señal en el borde de los dedos del alfarero.



Cara superior de tégulas con las huellas de las pisadas de los animales que pasaron por encima de ellas, mientras estaban puestas a secar al aire libre.



Cara inferior de tégula en la que se ven las señales hechas con los dedos por el alfarero.
Señales también del paso de la rasera y de las hierbas.



Cara inferior con improntas de hierbas y surcos de lombrices

máxima 3 cm, mínima 2 cm. Grueso máximo: 5 mm. El borde del aro, en la parte en que descansa el extremo libre de la aguja (extremo que está ligeramente curvado), tiene una mella para que se encaje la aguja.

La cabeza del extremo fijo de la aguja presenta un escudete que creo es el único dato que puede utilizarse para fecharla, y con ella el enterramiento, el conjunto de los mismos, el tipo de enterramiento, y las tégulas e imbrices utilizadas en los mismos.

Hebillas semejantes

Blas Taracena, en las excavaciones realizadas en la provincia de Soria⁽¹³⁾, halló en la sepultura número 7 de Taniñe un pendiente de plata con cuenta de ámbar, un puntal de hierro y una hebilla que recuerda a la nuestra de 28 mm con una longitud de aguja de 25 mm. La necrópolis de Taniñe la supone posterior al siglo V.

En cuanto a Suellacabras, en el enterramiento número 5 apareció una hebilla de bronce, de forma arriñonada, terminada la aguja en un pequeño escudo, y en el enterramiento número 13 otra hebilla de bronce con la aguja que termina en un escudillo muy reducido; las dimensiones son 35 mm para el arco y 30 para la aguja. P. de Palol en su estudio: *La necrópolis de San Miguel de Arroyo y los broches hispano-romanos del siglo IV*,⁽¹⁴⁾ llama desacertadamente a este tipo de hebillas, broches de cinturón.

El mismo Blas Taracena en la necrópolis de Deza (Soria)⁽¹⁵⁾ entre un centenar largo de enterramientos encuentra hasta una decena de hebillas de riñón, y cree que éstas fueron de uso indistinto entre hombres y mujeres. El hecho de que las hebillas arriñonadas no las encontró acompañadas de las hebillas de campo excavado y de las fíbulas circulares del siglo VII le hizo fechar a la necrópolis de Deza en el siglo VI.

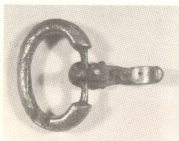
En la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid)⁽¹⁶⁾, en las sepulturas núms. 17, 19 y 35 aparecieron hebillas de riñón, semejantes a la de Tarragona. Estos enterramientos se suponen del siglo VII por su parecido con los encontrados en Carpio de Tajo.

(13) TARACENA, B.: *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria. Necrópolis visigodas de Suellacabras y Taniñe*, Núm. gral. 75 de las «Memorias de Excavaciones», Madrid 1926.

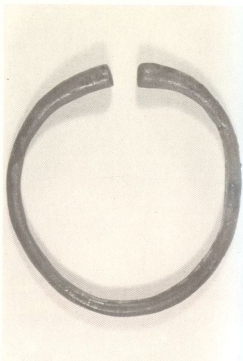
(14) PALOL, P. de: *La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanoromanos del siglo IV*, «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», Valladolid, XXXIV-XXXV (1968-1969), pp. 93-160.

(15) BLAS TARACENA: *La necrópolis visigoda. Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, Núm. gral. 86 de las «Memorias» de la Junta General de Excavaciones y Antigüedades, Madrid 1927.

(16) FERNÁNDEZ GODÍN, S. y PÉREZ DE BARRADAS, J.: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid)*, Núm. gral. 114 de las «Memorias», Madrid 1931.



Hebilla de cinturón del enterramiento n.º 3 de Tarragona.



Brazalete del enterramiento n.º 7 de Tarragona.

Todas a tamaño natural aproximadamente



Hebilla del enterramiento n.º 104 de Simancas.



Hebilla del enterramiento n.º 5 de Suellacabras.



Hebilla del enterramiento n.º 7 de Taniñe.

Todas a tamaño natural aproximadamente

Martínez Santa-Olalla excavó en la provincia de Palencia una necrópolis⁽¹⁷⁾ y en la sepultura núm. 19 halló una hebilla parecida. Supone la necrópolis del siglo VI.

Por último, y para no citar más trabajos, Jiménez de Gregorio⁽¹⁸⁾ da cuenta de unas hebillas análogas que formaban parte de un ajuar visigodo, sin fechar, aunque hay otro parecido que dice que es del siglo VII.

J. Supiot en su artículo sobre *Hebillas de cinturón visigodas*,⁽¹⁹⁾ considera a la hebilla que estudio correspondiente al grupo V: Simples de aro, formado por dos tipos: uno de cabeza del clavo o aguja, sin decorar y otro con la cabeza decorada. De acuerdo con esta tipología la hebilla de la sepultura número 3 de los enterramientos de Tarragona debe considerarse como perteneciente al primer tipo del grupo V de Supiot, quien además señala en su trabajo la dificultad que existe en fijar la cronología de las hebillas dado que hay una coexistencia de tipos y formas dentro de un mismo yacimiento y que también hay una persistencia de modalidades de otras culturas antiguas.

Por último, G. Ripoll López ha hecho recientemente el estudio de los ajuares que se encontraron en una excavación⁽²⁰⁾ en la que aparecieron 275 enterramientos. Las hebillas de cinturón de anillo ovalado, con aguja escutiforme, las sitúa entre fines del siglo V y primera mitad del siglo VII. Posteriormente en otro trabajo⁽²¹⁾ concreta más y dice que estas hebillas suelen corresponder a los años entre el 525 y el 580 d. de C.

OTROS HALLAZGOS RÚSTICOS

Dadas las características de los enterramientos que nos ocupan creo de interés citar aquí otro hallazgo que se realizó hace tiempo, del que dió cuenta Salvador Vilaseca⁽²²⁾:

«Otros sepulcros consisten en una fosa regular con una simple cubierta de losas bien cortadas, como los de la necrópolis del Mas del Pesoler, situada en término de Riudoms, en el ca-

(17) MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J.: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. Núm. gral. 125 de las «Memorias», Madrid 1933.

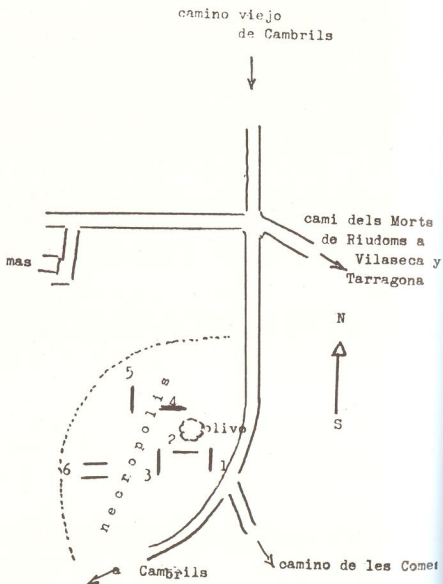
(18) JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *Hallazgos en la Vega de Santa María, en el término de Mesegar (Toledo)*, «Archivo Español de Arqueología», XXXVIII (1965), 174-186.

(19) SUPIOT, J.: *Hebillas de cinturón visigodas*, «Boletín de Trabajos del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», Fascículos IV-IX (1934-1935).

(20) RIPOLL LÓPEZ, G.: *La necropolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)*, «Excavaciones Arqueológicas en España», núm. 142, Madrid 1985, 254 páginas.

(21) RIPOLL LÓPEZ, G.: *Bronces romanos, visigodos y medievales en el M.A.N.*, «Boletín del Museo Arqueológico Nacional» IV, 1 (1986), pp. 55-82.

(22) VILASECA, S. y PRUNERA, A.: *Sepulcros de losas antiguos y alto medievales, de la comarca tarraconense*, «Boletín Arqueológico» LXVI, IV, 93-96 (1966), pp. 25-46.



Apunte de Salvador Vilaseca sobre la situación de los enterramientos explorados en 1932, cerca del mas del Pere (a) Fasoler, de Riudoms, partida de la Marrada.

mino de Reus a Cambris, y uno de los cuales contenía parte de una hebilla de bronce, entre otras tumbas del mismo tipo y otras de tégulas imbrices; la falta de las losas laterales y de cubierta en algunos de ellos, pudo ser debida a una anterior depredación, aunque no siempre».

A esta noticia puedo añadir los detalles inéditos que me proporcionó Vilaseca cuando aún no había decidido publicarlos.

La sepultura núm. 1 del plano estaba a unos dos metros del camino y la excavó el día 10 de marzo. A unos 80 cm de profundidad aparecieron tres losas de soldó y una de obra (ésta en los pies), y un trozo de soldó en la cabeza y otra en los pies. Es el enterramiento del que publicó fotografía en el artículo citado. Debajo de las losas, el esqueleto de un joven, deshecho, con la cabeza hacia el Norte.

Enterramiento núm. 2. Con la cabeza hacia el Oeste. Ya había sido excavado. Caja completa de losas de soldó, bien aserradas. Dos losas a cada costado y losas encima de la cabeza y del tronco. Encima de las piernas, cabecera y pie, «cairons».

Enterramiento núm. 3. A cuatro metros de la núm. 1 y paralela a ella. Fue vaciada hacia 7-8 años. Salió un fragmento de hebilla visigoda, que dibuja.

Enterramiento núm. 4. A cuatro metros del camino, con la cabeza hacia el Oeste. Formado por tégulas a dos vertientes e imbrices.

Enterramiento núm. 5. A cinco metros de distancia del núm. 3. A 50 cm de profundidad. De niño. Encogido, con la cabeza hacia el Norte y cara al Oeste. Una tégula incompleta a los pies y un trozo pequeño en la cabeza. Los huesos deshechos. Sin tapas, ni costados.

El enterramiento núm. 6 era doble, formado por dos ánforas, con huesos, que destruyeron.

Vilaseca me decía que él calculaba que allí pudo haber hasta una docena de enterramientos. No encontró elementos que le permitieran fecharla, aunque por la variedad y el fragmento de hebilla supuso que podían corresponder a los siglos IV-VI.

La nota que acompañaba a estos datos decía:

«Querido amigo Sánchez Real: Le envío el trabajo de Fusté, que ya me devolverá, y la foto y nota de 1932 (!), sobre el hallazgo del Mas del Fasoler, tal como verá, y que también le agradeceré me devuelva pues es ya un documento arqueológico y que aún puede serme útil para una relación de conjunto de villas y necrópolis del Campo».

Posteriormente Vilaseca publicó una breve noticia y plano en: *Sepulcros de losas, antiguos y alto medievales, de las comarcas tarraconenses* ["Boletín Arqueológico" LXVI, 93-96 (1966) pág. 37].

ESTUDIO DEL CONJUNTO

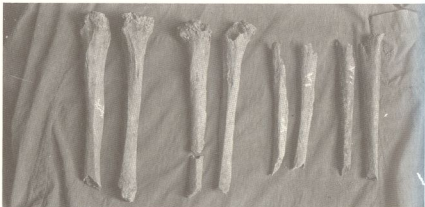
Teniendo en cuenta todo lo dicho y lo hallado en otros lugares, mientras no haya más elementos de juicio sobre los enterramientos de las características de los aparecidos en las obras de la Universidad Laboral, éstos los podemos considerar como del siglo V-VI, más del segundo que del primero.

Por otra parte, de los enterramientos en su conjunto se pueden sacar otras conclusiones.

El que las fosas estuvieran rigurosamente alineadas, abiertas a cordel, y a igual distancia una de otra, indica que se cavaron en el mismo momento, ya que de no ser así es difícil aceptar que enterramientos sucesivos en el tiempo fueran haciéndose a la misma distancia, profundidad y guardando una rigurosa alineación y en la misma forma.

Es decir, el lugar no es lo que hoy llamamos cementerio o necrópolis sino que fue escogido excepcionalmente.

Por otra parte, el hecho de ser todos los enterramientos de personas mayores y aparecer todos los esqueletos, menos uno, con los huesos de las piernas rotos, hace suponer un accidente o muerte violenta. Si además se tiene en cuenta que los cadáveres no fueron desvalijados, como lo prueba la pulsera y la hebilla halladas, hace pensar en la ejecución de una sentencia a muerte, y no por decapitación, porque los cráneos, en los enterramientos en que se conservaron estaban en su lugar anatómico. De ser una ejecución ¿el delito fue civil o militar?, ¿fueron crucificados?, ¿les quebraron las piernas para comprobar si habían muerto?.



Los huesos de las piernas, quebrados, y que se enviaron en su día, junto con los demás restos humanos que pudieron recogerse, al Departamento de Antropología de la Universidad de Barcelona, por si en ellos había detalles dignos de darse a conocer.

Con la recogida de datos y su elaboración para extraer de ellos unas conclusiones no termina una investigación: hay que dar forma a todo el estudio para poner en conocimiento de los demás lo hecho; transmitirlo, para enriquecer el fondo cultural común y por si puede ser útil a los que trabajan y se inquietan por el tema.

Esto conlleva no sólo redactar y escribir el trabajo sino también ordenar y estructurar el contenido, seleccionar la parte gráfica, trazar planos, hacer dibujos, montar las láminas y demás tareas del caso, y para ello es necesario contar con tiempo, medios y un equipo, algo de lo que no siempre se dispone.

Después de enviada la Memoria correspondiente al Comisario General de Excavaciones Arqueológicas (al que en su día se le había comunicado el hallazgo) empecé a redactar el trabajo y fruto de ello fue el artículo que apareció en el «Boletín Arqueológico» en 1955, citado al principio, y que puede considerarse como la introducción a éste, y que ha sido silenciado por Serres Sena en su último escrito.

Mi artículo hizo que Cal·lipolis pasara a los medios informativos y empezaron a publicarse artículos llenos de buena voluntad y fantasía que no aportaron ningún elemento aprovechable; entre ellos merecen citarse por su reiteración y la inquietud que muestran los de Enrique Ballart que publicó en el «Diario Español» de Tarragona una primera serie de tres artículos con el título: *Mito y realidad de la helénica Callipolis* (28 y 29 de diciembre de 1955 y 1 de enero de 1956).

Unos meses después Manuel de Montoliu escribió en el «Diario de Barcelona» un artículo titulado: *Callipolis* (12 de septiembre de 1956), texto que repitió a la letra en el «Diario Español» de Tarragona, cambiando sólo el título, por: *Callipolis, ciudad hermosa* (23 de septiembre de 1956), lo que motivó una carta al Director del citado periódico: *Situación de Cal·lipolis de J.R. Solé* (27 de septiembre de 1956). El 3 de noviembre de 1956 publicó Joaquín Icart en «Destino» otro artículo con el nombre: *Callipolis*, y acto seguido Enrique Ballart lanzó una primera serie de cinco artículos: *Callipolis y su emplazamiento* («Diario Español» de los días 4, 5, 6, 9 y 11 de enero de 1957) seguida de otros dos: *Algo más sobre Callipolis* («Diario Español» del 9 de marzo y *El emplazamiento de Callipolis* («Diario Español» del 14 de marzo de 1957).

El tema perdió actualidad y Cal·lipolis fue olvidada hasta que con la instalación del Museo Arqueológico tuvo lugar el descubrimiento total del mosaico de los peces, su consolidación «in situ», arranque y traslado al Museo en cuyos talleres fue restaurado y por fin colocado en una de las paredes.

Con tal motivo se reavivaron las ideas y de nuevo E. Ballart, esta vez con siete escritos, sacó a la luz a Cal·lipolis. Los artículos fueron: *Divagaciones en torno a Callipolis, la ciudad desaparecida* («Diario Español» del 26, 27, 29, 31 de julio de 1962), *Meditaciones a una cita: Eratosthenes* («Diario Español» del 23 de agosto de 1962), *El «portus Tarracensis» de Tito Livio* («Diario Español» del 26 y 28 de agosto de 1962).

El interés del autor se manifestó también en la continua vigilancia que durante muchos años ha mantenido de toda la zona y puede decirse que no se ha movido un palmo de tierra que no haya sido inspeccionado por él y cualquier hallazgo que se haya producido ha sido registrado por él por sencillo que haya sido como puede ser un par de sillares, unas tégulas, o los que se hicieron con motivo de la instalación, sobre el emplazamiento de la villa romana citada anteriormente, del camping al que se le puso el nombre de Callipolis. Hasta ahora todo lo encontrado es romano de los primeros siglos después de Cristo. ^(23 a 30)

CONCLUSIÓN FINAL

Todo grupo humano sedentario, que permanece durante algún tiempo en un lugar, cuando se marcha o desaparece deja al menos un testimonio de su estancia, testimonio formado por los restos de sus habitáculos y de sus muertos.

La exploración detenida, por tierra y desde el aire, del espacio comprendido entre Tarragona y el cabo de Salou no ha puesto de manifiesto ni las ruinas de una ciudad lo suficientemente grande como para poder ser citada como famosa y «señal» en un derrotero, ni el gran movimiento de tierras de toda aquella parte que se inició con la construcción de la Universidad Laboral, en la que se abrieron kilómetros de zanjas (la mayoría de las cuales recorri), y siguió con las instalaciones industriales, han dejado a la luz enterramientos en número y forma tal

(23) BALLART MARIO, E.: *Restos arqueológicos junto al camping Callipolis*. «La Voz de la Costa Dorada» (Reus), 20 junio 1974.

(24) *Nuevos hallazgos arqueológicos junto al camping de Callipolis*. «La Voz de la Costa Dorada» (Reus), 13 mayo 1976.

(25) *Un sillar de la muralla de Callipolis?*, «Diario Español» (Tarragona), 2 septiembre 1976.

(26) *Callipolis, justificación de una hipótesis*, «La Voz de la Costa Dorada» (Reus), 20 octubre 1977.

(27) *Callipolis, Nuevos hallazgos*, «La Voz de la Costa Dorada» (Reus), 25 enero 1979.

(28) *Todo sea por Callipolis: interesantes hallazgos arqueológicos*, «La Voz de la Costa Dorada» (Reus), 24 mayo 1979.

(29) *Nuevos e interesantes hallazgos arqueológicos en los alrededores del camping Callipolis*, «Diario Español» (Tarragona), 6 junio 1978.

(30) *Callipolis no fue un mito*, «Diario Español» (Tarragona), 7 agosto 1983.

que pudieran corresponder a la ciudad supuesta. Sólo han aparecido restos de pequeños asentamientos rurales, villas romanas y un número reducido de sepulturas dispersas por el campo.

Ante esta realidad hay quien, aferrado a su creencia, postula una Calípolis que pudo estar en tierra firme pero que por movimientos del terreno, cual otra Atlántida, ha quedado sumergida en el mismo golfo, y así se ha hablado de la existencia en los fondos marinos de construcciones, alineaciones de muros y otros restos que nadie ha podido situar, ni fotografiar, pese al empeño puesto en ello. Sobre las exploraciones submarinas, llamadas «Operación Callipolis», pueden verse las notas publicadas en «Diario Español» del 18 de septiembre de 1958, «El Correo Catalán» del 9 de julio de 1976 y del 8 de agosto de 1976, «Avui» del 10 de octubre de 1976. «El Correo Catalán» del 8 de septiembre de 1976 recogía la noticia de que la Real Sociedad Arqueológica había acordado redactar un informe sobre los hallazgos realizados al construirse el pantalán de la empresa Enpetrol.

Los cambios temporales de la línea costera sometida a arrastres y depósitos puede hacer creer que el rompiente avanza como para poder engullir una ciudad. Geológicamente la zona corresponde al Cuaternario marino y la playa está levantándose por el movimiento epeirogénico de que está animada. Del mar al punto de referencia de los enterramientos se distinguen los diversos pasos regresivos. En todos ellos los materiales constitutivos son los mismos, y proceden seguramente —pizarras, pórfidos, nódulos de sílex y granitos, junto con cuarzos blancos— de la cuenca media del Francolí. En la zona de los enterramientos quedan débilmente cementados por la arena. En las zonas más próximas al mar, más recientemente emergidas, los materiales están completamente sueltos.

Esta es la realidad y los hechos. El nombre de Calípolis parece que sólo puede ser un piropo dirigido a Tarragona, la ciudad hermosa, la ciudad fantástica, la ciudad soñada.

NOTAS

1. Los materiales recogidos están depositados en el Museo Arqueológico.
2. Con las téglas e imbrices se montó un modelo de sepulcro a doble vertiente que se halla expuesto en una Sala del Museo Arqueológico.
3. La totalidad de los gastos que se produjeron desde el principio de las exploraciones (menos los del montaje del mosaico de los peces) se pagaron gracias a la munificencia de W. L. Bryant, el gran tarraconense «ausente» a través de la Fundación que lleva su nombre, y con quien todos estamos en deuda.

ANNEX

CALLIPOLIS*

INTRODUCCIÓN

Los golfos son en general la parte de la costa que se muestra más acogedora al navegante y por esta razón la mayoría de las poblaciones fundadas por pueblos marineros están en ellos. Esta, en cierto modo, imposición de la geografía es tal que no es corriente encontrar un golfo sin una ciudad en sus orillas. ¿Porqué el golfo de Salou no la pudo tener?

La descripción que hizo Avieno del litoral tarraconense ha sido en muchas ocasiones estudiada y últimamente comentada con detalle^(1, 2).

La situación de la ciudad de Callipolis, con sus altas murallas y rodeada de estanques ricos en peces, es un tema tan atrayente que con facilidad puede olvidarse que el texto que nos da la noticia ha llegado a nosotros lleno de interpolaciones. Cuando Avieno, a fines del siglo IV después de J.C., escribió su *Ora maritima* reunió una serie de fragmentos, de diversos autores, algunos de los cuales tenían casi un milenio de antigüedad⁽³⁾. El hacer una obra con un material tan heterogéneo

*Reedició d'un treball exhaurit publicat per l'Institut d'Estudis Tarraconenses "Ramon Berenguer IV", Secció d'Arqueologia i Història, publicació núm. 12, l'any 1955. Autoritzada per l'autor.

(1) J. SERRA VILARÓ. *Callipolis*. Este BOLETÍN L, 31-32 (1950) 123-136.

(2) E. SERRES SENA. *Callipolis*. Este BOLETÍN LII, 37-40 (1952) 13-19.

(3) Es muy frecuente usar el texto de Avieno considerándolo todo él como del siglo VI antes de J. C., cuando en buena lógica debería fecharse por el autor más moderno. Muchas firmes (?) teorías tienen como base este falso apoyo.

era tan difícil que pese a su esfuerzo no pudo evitar que el desorden y los remiendos se reflejaran en el escrito.

Con el fin de exponer los hechos tal como se nos presentan, voy a procurar desarrollar lo más objetivamente posible las distintas hipótesis que pueden emitirse sobre el emplazamiento y existencia de Callipolis, e intentar sacar algunas consecuencias de ello. Pero antes, es necesario volver una vez más sobre el texto de Avieno porque desde hace tiempo (como nuestro en la nota 5) domina la mayor desorientación.

Las hipótesis que pueden construirse son: 1.º Que Callipolis existió, independientemente de toda otra ciudad, y deberá buscarse utilizando fríamente el texto de Avieno. 2.º Que Callipolis hubiera estado situada en el fondo del golfo de Salou. 3.º Que Callipolis fuera la misma ciudad que posteriormente se llamó Tarraco y 4.º Que Callipolis no haya existido como tal ciudad, y que fuera como el sobrenombre de Tarraco.

SITUACIÓN DE CALLIPOLIS, SEGÚN AVIENO

La descripción que ha llegado a nosotros dice:

- 505 **Oleumque flumen proxuma agrorum secans**
geminis iugorum vertices interfluit
mons quippe Sellus, nomen hoc monti est vetus,
ad usque celsa nubium subducitur.
Adstabat istum civitas Lebedontia
- 510 *priori saeclo, nunc ager vacuius lare*
lustra et ferarum sustinet cubilla.
post haec harenae plurimo tractu iacent
per quas Salauris oppidum quondam stetit,
in quis et olim Callipolis fuit,
- 515 *Callipolis illa, aquac per altam moenium*
proceritatem et celsam per fastigia
subibat auras, quae laris vasti ambitu
latere ex utroque piscium semper ferax
stagnum impremebat, inde Tarraco oppidum
- 520 **et Barcilonum amoenas sedes ditium**⁽⁴⁾.

(4) Se utiliza el texto de la edición de A. Schulten, AVIENO. *Ora maritima*. Fontes Hispaniae Antiquae. I. Barcelona 1955. Págs. 82-83. La significación de los diferentes tipos usados se da más adelante.

que J. Rius y Serra, traduce:

...y atravesando los campos próximos fluye el río Oleo entre las cimas de dos montes. Y en seguida el monte Sello (*este es el nombre antiguo del monte*) elévase hasta las alturas de las nubes. Estaba junto a él la ciudad de Lebedoncia en tiempo anterior, *ahora campo vacío de hogares cría escondrijos y cubiles de fieras. Después yacen arenas en grande extensión*, entre las que estuvo en otro tiempo la ciudad de Sauris y en donde primitivamente estuvo también la antigua Callipolis, *aquella Callipolis que por la alta elevación de sus murallas y por sus excelsas techumbres se levantó por los aires, que con el ámbito de su vasto solar tocaba por ambos lados una marisma feraz siempre en peces. Después la ciudad de Tarraco y la sede amena de las ricas Barce-lonas...*⁽⁵⁾.

La lectura del texto, tanto en este fragmento copiado como en el resto, muestra la existencia innegable de tres estilos distintos que destaco con tres pisos de letra. Una descripción del litoral con los accidentes geográficos más notables y los lugares habitados de interés para el navegante, una ampliación del texto con datos retrospectivos, y un adorno poético para completar la presentación.

Avieno no fué un geógrafo, fué un poeta. De ahí que suponga que la parte en cursiva corresponde a él. El texto copiado con letra corriente, de contenido histórico, puede ser de autores anteriores. La parte geográfica, armazón de toda la obra, está reproducida en negrita.

Avieno en la preparación de su obra, pudo seguir dos caminos. Tomar como base un periplo antiguo e intercalar los datos relativos a su tiempo y las ampliaciones retóricas, o utilizar como base una descripción coetánea, un derrotero, y ampliarlo con los datos conservados por los escritores anteriores a su época.

Si como dice Schulten (y lo muestra con ejemplos) son interpolaciones de Avieno o de un maestro griego del siglo I antes de J.C. las declamaciones acerca de las ciudades antes florecientes y después convertidas en ruinas, y las ampliaciones retóricas, es innegable que

(5) Fontes Hispaniae Antiquae I. Pág. 164.

Extendería el tema más de lo propuesto el estudio de los comentarios de Schulten y del criterio seguido en la transcripción de la *Ora maritima*. No es esta la ocasión de hacerlo. El texto y los comentarios exigen una revisión seria y un estudio más profundo que el que se ha hecho en la segunda edición en la que se conserva casi sin tocar lo escrito hace 30 años, que no han pasado en vano.

En el caso concreto que nos ocupa, y sólo por lo que se refiere al texto presentado, hay que decir que los versos 513 y 514 que en el texto latino se consideran interpolaciones de Avieno, en la traducción se suponen como pertenecientes al texto primitivo; los versos 515, 516 y 517 que en el primer texto son del Periplo, en el segundo se consideran interpolaciones de Avieno, y por último, el final del verso 519 que en el texto latino es interpolación de Avieno, en la traducción es texto primitivo. No cabe mayor desorientación.

los versos mitad del 507, mitad del 510, el 511, y desde el 515 hasta el 519, impresos en cursiva, son de Avieno o del maestro griego. Lo que no puede hacerse es, como hace Schulten, sentar un criterio en la introducción de la obra, y después, en el texto, no seguirlo. El hecho de estar los nombres de Salauris y Callipolis rodeados de descripciones poéticas y epítetos de adorno, indica que Avieno sólo tuvo en su mano unos nombres antiguos, y que para aprovecharlos en su obra tuvo que rodearlos de resonantes palabras. Esto nos lleva insensiblemente a tener que admitir que Avieno elaboró su obra por el segundo de los caminos señalados más arriba. Tomó como base un derrotero de su tiempo, incrustó en él los recuerdos antiguos y procuró darle uniformidad con su imaginación⁽⁶⁾.

De esta forma, se pueden distinguir perfectamente las tres fases de la obra que corresponden a los tres estilos señalados al principio:

...y atravesando los
campos próximos
fluye el río Oleo en-
tre la cima de dos
montes. Y en seguida
el monte Sello

elévase hasta las al-
turas de las nubes.

Después
yacen arenas en
grande extensión.

...y atravesando los
campos próximos
fluye el río Oleo en-
tre la cima de dos
montes. Y en segui-
da el monte Sello

elévase hasta las al-
turas de las nubes.
Estaba junto a él la
ciudad de Lebedon-
cia en tiempo an-
terior,

Después
yacen arenas en
grande extensión.
entre las que estuvo
en otro tiempo la ciu-
dad de Salauris y en
donde primeramente
estuvo también la
antigua Callipolis,

...y atravesando los
campos próximos
fluye el río Oleo en-
tre la cima de dos
montes. Y en segui-
da el monte Sello
*(este es el nombre
antigo del monte),*
elévase hasta las al-
turas de las nubes.
Estaba junto a él la
ciudad de Lebedon-
cia en tiempo an-
terior, *ahora campo
vacío de hogares cría
escondrijos y cubiles
de fieras.* Después

yacen arenas en
grande extensión,
entre las que estuvo
en otro tiempo la ciu-
dad de Salauris y en
donde primeramente
estuvo también la
antigua Callipolis,

(6) Puede servir como comprobación de esto el que Barcino era sede amena en tiempo de Avieno. F.H.A.I. pág. 136 y los demás ejemplos presentados por Schulten.

aquella Callipolis que por la alta elevación de sus murallas y por sus excelsas techumbres se levantó por los aires, que con el ámbito de su vasto solar tocaba por ambos lados una marisma feraz siempre en peces. Después la ciudad de Tarraco y la sede amena de las ricas Barcelonas...

Después la ciudad de Tarraco y la sede amena de las ricas Barcelonas...

(Texto del derrotero del siglo IV d. de J.C.)

Después la ciudad de Tarraco y la sede amena de las ricas Barcelonas...

(Adición al texto del derrotero, de las noticias conservadas por autores antiguos)

(Texto final de Avieno)

Suponiendo que Avieno estuvo acertado en la colocación de las ciudades antiguas en los lugares que les fijó, pasemos ahora a estudiar con detención los versos copiados.

He empezado a copiar a partir del verso 505 porque en él tenemos una cita concreta de fácil identificación para continuar la descripción del litoral que se hace a partir de ella. El río Oleum no es el nombre antiguo del río Ebro como afirma Schulten sin dar prueba alguna⁽⁷⁾, sino el actual Llastres u Ollastre, como ya sostuvo, entre otros, Hernández Sanahuja⁽⁸⁾.

La prueba que faltaba, que era el eslabón que confirmara la conservación del nombre, y por lo tanto su continuidad, la he encontrado en el P. Vilanueva. Cuando se conquistó Tortosa y se restableció su diócesis, surgió inmediatamente la necesidad de fijar los límites. Con relación al límite con la de Tarragona se originaron serias disputas que no terminaron hasta 1203 en que se llegó a una composición.

En el documento extendido al efecto, y al recorrer la línea de demarcación se dice:

(7) Por el mismo método, es decir, sin pruebas, dice: De ninguna manera el Oleum flumen es el pequeño río Oleastro, hoy Llastres, cerca de Hospitalet, al Sur de Tarragona. F.H.A.I. pág. 135.

(8) B. HERNÁNDEZ SANAHUJA. *Historia de Tarragona*. Tarragona 1892. Páginas 38 y 39.

«et vadunt per ipsam serram de Laberixes, sicut aquae vergunt et perveniunt in rivum *Oleastro* et per ipsum endem rivum descendunt aliquantulum termini usque in ipsum locum, quem vocant Poxino, ubi etiam duo torrentes junguntur, scilicet, ille idem torrentes de rivo *Oleastri*, et torrens de Valle Luri...»⁽⁹⁾.

A partir pues de la desembocadura del río Llastres, que llega al mar entre dos montes (geminus iugorum vertices interfluit), hay que encontrar, por lo que respecta a los accidentes geográficos, el monte Sellus, que debe destacarse en el fondo montañoso (ad usque celsa nubium subducitur) y después extensos arenales (post haec harenae plurimo tractu iacent).

En el derrotero actual se describe la costa, desde la desembocadura del río Llastres, de esta forma:

«La costa, desde la punta del Riu de *Llastres* corre al N unos 1400 metros por playa de arena, recobrando su orientación general al NE en un frontón de piedras de una milla de extensión, en el cual se encuentra la punta dels Pañals; desde ella los frontones de roca se retiran una centena de metros al interior, *dejando una playa que se extiende sin interrupción* hasta el promontorio de cabo Salou, sin encontrar en ella nada digno de mención más que el castillo de Miramar»⁽¹⁰⁾.

Si hoy se hace por esta parte de litoral el mismo recorrido que describe Avieno, se puede observar como a un lado y a otro del río Llastres destacan el monte de la Portellada (737 m) y Pratdip (634 m) y que contiguo a este último se alza, sobre los demás, la Mola de Llaveria (912 m). La costa que desde el río Llastres es baja, a partir de la playa de Rifá es baja y arenosa hasta el cabo de Salou. Los que han navegado por esta parte saben que el hablar de extensos arenales más cuadra, en extensión y en aspecto, a esta parte del litoral que a la del golfo de Salou, en donde la elevación de la punta de Salou y la de Tarraco hacen menos notable la extensión arenosa, que además es mucho menor.

En resumen: el río Oleo es el Llastres, los dos montes entre los que fluye deben ser la Portellada y Pratdip, el monte Sello que se eleva hasta las nubes no puede ser otro que la Mola de Llaveria, y los extensos arenales son los existentes desde la playa de Rifá hasta el cabo de Salou.

En estos arenales estuvo (si es que Avieno la situó bien) la anti-

(9) J. VILLANUEVA: *Viaje literario a las iglesias de España*. Tomo V. Madrid 1806. Pág. 280.

(10) Derrotero núm. 3 de las costas del Mediterráneo desde el Cabo de Trafalgar hasta la frontera de Francia, las Islas Baleares, la costa N. de Marruecos desde el Cabo Espartel, y la costa de Argelia. Publicado por el Instituto Hidrográfico de la Marina. Cádiz 1950. Pág. 254.

gua Salauris, como parece confirmarlo la conservación del toponimo en el actual Salou. Y en estos mismos arenales es en donde Avieno dice que estuvo Callipolis

in quis et olim prisca Callipolis fuit

no creo que el texto pueda interpretarse de otra manera. Avieno no dice que Callipolis estuvo entre Salauris y Tarraco, ni creo que los arenales a un lado y otro del cabo de Salou los una desconociendo la presencia del cabo, cuya cita parece que debiera ser inevitable si se trataba de situar dos ciudades una a cada lado del accidente geográfico citado.

El que no se nombre el cabo de Salou en el texto, aparte de que no hay ninguna razón que obligue a citar uno por uno todos los accidentes geográficos, podría explicarse por el hecho de que al terminarse los arenales de Salou y doblar el cabo, inmediatamente llama la atención la colina de Tarragona. La playa de la Pineda pudo pasar desapercibida al navegante que sentía su vista atraída por el espectáculo de contemplar a Tarraco, como si surgiera del agua, mirando el mar desde su alta peña.

Por lo tanto ajustándose al texto de Avieno, Callipolis pudo estar, junto con Salauris, en una zona que podemos limitar entre el barranco del Rifá y el actual Salou.

¿CALLIPOLIS EN EL GOLFO DE SALOU?

Por lo que ya he dicho se ve que no hay ninguna razón para situar a Callipolis en el fondo del golfo de Salou. Si no se quiere desvalorizar el texto conservado por Avieno esta hipótesis no debería formularse.

El ir citado Callipolis, en el texto, a continuación de Salauris ha hecho que algunos autores hayan situado a Callipolis en el golfo de Salou, porque inconscientemente se identifica Salauris con el actual Salou.

Para que esto fuera cierto se tendría que admitir que una ciudad amurallada ha desaparecido totalmente sin dejar el menor rastro en aquel lugar.

El terreno que forma la costa del golfo de Salou, geológicamente, está sufriendo, desde antes de los tiempos históricos, una ligera elevación. Es decir que Callipolis no ha podido quedar hundida y enterrada totalmente que sería la única forma de explicar la falta de restos en superficie.

Quizás se pueda pensar que debido a la citada elevación del terreno, el mar se haya retirado y Callipolis deba buscarse más al interior. Hernández Sanahuja creyó que estuvo en el lugar que hoy ocupa la ermita de Ntra. Sra. de la Pineda⁽⁸⁾; Gibert supuso que Callipolis pudo extenderse hasta el suave promontorio en donde está Vilaseca⁽¹¹⁾, y por lo tanto que el mar llegaba más adentro, pero los hallazgos recientes muestran que la zona del golfo de Salou cercana al mar ya se habitó en tiempos de los romanos (a excepción de los estanques de los que habló Serra Vilaró⁽¹⁾) y por lo tanto que la elevación geológica del terreno y el retroceso del mar son pequeños.

Por otra parte, las exploraciones hechas hasta ahora, sobre el campo y por medio de la fotografía aérea⁽¹²⁾, casi permiten asegurar que en aquella zona del golfo de Salou no existió ningún núcleo importante de población cercano a la costa.

Si Callipolis, ciudad amurallada, hubiera estado en una elevación, aunque hubiera sido pequeña, se conservarían algunos restos de ella. Lo mismo puede decirse de haber estado en llano, porque el terreno ha sufrido una pequeña elevación, y esto tanto más, cuanto que de endebles villas romanas situadas en aquella parte, han llegado a nosotros restos abundantes.

El que no ocurra nada de esto, indica claramente que una ciudad como la descrita por Avieno no pudo estar de ninguna manera en aquel lugar.

¿CALLIPOLIS EN LA COLINA DE TARRAGONA?

En este caso habría que suponer que en tiempo de Avieno se habían perdido todas las noticias referentes a la situación de Callipolis hasta tal punto que se suponía que estuvo en lugar distinto del ocupado por Tarraco.

... inde Tarraco oppidum.

Aunque en un exceso de fantasía quisiéramos admitir el mismo emplazamiento para las dos ciudades, los hechos prueban que no ocurrió.

La excavación ha mostrado que ni en la colina de Tarragona, ni en

(11) A. M.^a GIBERT, *Ciutats focenses del litoral cosetà*. Barcelona 1900. Página 43.

(12) Exploración patrocinada por «The William L. Bryant Foundation». Con la colaboración de la Base Aérea de Reus.

sus faldas existió una ciudad « prerromana » con las características señaladas en el Periplo.

Un argumento esgrimido ligeramente por algunos escritores es el de la muralla. Dos excavaciones realizadas con todo el rigor científico, con el fin de comprobar y ver hasta donde podía mantenerse la conclusión a la que había llegado Serra Vilaró sobre el origen romano de la muralla (conclusión obtenida por medio de la excavación y estudio de los restos hallados en diferentes puntos del perímetro amurallado de la ciudad)⁽¹³⁾ han reafirmado lo dicho. La muralla es romana desde los cimientos⁽¹⁴⁾.

Por otra parte en los miles de metros cúbicos de tierra removidos en las excavaciones y en las zanjas abiertas durante los últimos treinta años no se ha encontrado el menor resto que pudiera hacernos creer en la existencia de una civilización anterior a la romana que fuera capaz de levantar *excelsas mansiones y altas murallas*.

Es más, el estudio científico de los restos atribuidos a civilizaciones primitivas, recogidos por Hernández Sanahuja cuando se desmontó parte de la colina para la construcción del puerto, muchos de los cuales se conservan en el Museo Arqueológico, confirman lo dicho en el párrafo anterior⁽¹⁵⁾.

Sin entrar en más detalles, que se darán a conocer a su tiempo, todo indica que con anterioridad a los romanos, en la colina que hoy ocupa Tarragona, sólo pudo haber un poblado ibérico, como todos los de su tiempo, con unas docenas de chozas, con sus techos de ramas, sus muretes de sostén y una pequeña cerca de defensa, que ni con mucho puede compararse con el zócalo megalítico de la muralla.

El suponer que en el siglo VI antes de J. C. pudo existir aquí, una « ciudad », con un perímetro aunque sólo fuera como el que dibujan las murallas actualmente (cerrando los ojos al hecho que el zócalo megalítico limitó una superficie muchísimo mayor⁽¹⁶⁾) es ignorar todo lo conocido sobre la forma de vida en aquellos tiempos en nuestra Península.

(13) J. SERRA VILARÓ. *La muralla de Tarragona*. Archivo Español de Arqueología XII, 76 (1949), 221-236.

(14) Se dió cuenta de los primeros resultados obtenidos de estas excavaciones en el solemne acto público celebrado el día 15 de septiembre de 1952 en el Salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento de Tarragona con motivo de inaugurarse la segunda parte del VI Curso Internacional de Prehistoria y Arqueología organizado por la Universidad de Barcelona.

(15) J. SÁNCHEZ REAL. *El supuesto recinto sagrado de Tarragona*. Tarragona 1954.

(16) L. PONS DE ICART. *Libro de las Grandezas*. Lérida 1883. Fol. 65. Aunque el texto dice: « Y todo este circuyto de muro viejo tiene alrededor quarenta mil ochocientas y quarenta y dos varas », en realidad quiere decir cuatro mil ochocientos cuarenta y dos.

J. SERRA VILARÓ. *Excavaciones en Tarragona*. Junta Superior de Excavaciones y antigüedades. Memoria núm. 5 de 1930. Madrid 1922. Pág. 15 y 55.

J. SÁNCHEZ REAL. *La muralla de San Fructuoso*. « Diario Español » de Tarragona, del 10 de enero de 1948.

la⁽¹⁷⁾, y despreciar la realidad de la falta de restos atribuibles a los habitantes de aquella ciudad, que de haber existido serían abundantísimos.

Por todo lo dicho parece que, sin titubeos, debe rechazarse la hipótesis de que Callipolis pudo estar en el lugar que ocupó más tarde Tarraco.

¿CALLIPOLIS SOBRENOMBRE DE TARRACO?

Cabe, por último, suponer que Callipolis fuera el sobrenombre aplicado en los primeros tiempos a la Tarraco levantada por los romanos y que Avieno lo ignorase (habrían pasado casi seis siglos). Al encontrarse Avieno con un nombre de una población que debía estar por esta parte del litoral, y al no identificarla con Tarraco, nada más fácil para su imaginación de poeta que describirla adornada con los elementos observados en las cercanías, los estanques (que no es necesario buscarlos lejos, porque el río Francolí, como todos los que desembocan en las mismas condiciones, crea al llegar al mar una zona pantanosa llena de estanques) y la elevación de los edificios y fortaleza de las murallas de la ciudad de Tarraco que él pudo conocer.

CONCLUSIÓN

Si Callipolis existió, independientemente de Tarraco, como ciudad de altas murallas y excelsas mansiones debe situarse en la extensa zona arenosa que se extiende desde la desembocadura del río Llastres al cabo de Salou. En otro caso habrá que aceptar que fué el sobrenombre de la ciudad levantada por los romanos, sin más valor que el puramente calificativo de «ciudad hermosa». Del texto de Avieno, y de los hallazgos efectuados, hoy por hoy, no puede admitirse que pudiera haber existido en el golfo de Salou o que sea el nombre de una ciudad que hubiera precedido a la Tarraco romana.

JOSÉ SÁNCHEZ REAL

(17) La existencia en aquellos tiempos de una ciudad con un perímetro mínimo de dos kilómetros, supondría el tener que resolver una serie de problemas tan enormes que en cuanto se plantean con detención, hay que rechazar. Piénsese, por un momento, en el abastecimiento de alimento, suministro de agua, sanidad de la agrupación, etc. Hubiera sido además la ciudad más grande de la Península y quizás del Occidente, y los textos de la conquista romana hubieran realizado su importancia.

Por otra parte una gran ciudad recién conquistada, y que iba a quedar en vanguardia, no hubiera podido guardarse con una reducida guarnición, que es lo que dejaron los romanos a su llegada [Véase mi comentario publicado en este BOLETÍN (1950) 42].